

gobierno civil; regla que no consiste solamente en mantener los derechos de propiedad, sino también en conservar los que están adheridos á la persona y que nacen de las prerrogativas de la cuna y del Estado... El derecho de la corvea pertenecía á los francos sobre sus hombros... Cuando los siervos obtuvieron manumisiones, que les hicieron ciudadanos libres pero pecheros, continuaron sometidos á la corvea... Someter á los nobles á un impuesto para la redención de la corvea, en perjuicio de la máxima de que nadie está sujeto á corvea si no lo está á pecho, es someterlos á corvea como á los pecheros.»

El rey se negó á recibir á la diputación y ordenó el registro de los edictos, y habiendo el Parlamento acordado representaciones «iterativas», el monarca llamó á Versalles para comunicarle sus órdenes en sesión solemne por él presidida.

El día 12 de marzo, «la alta magistratura» se reunió en el palacio de Versalles. Miromesnil, aun siendo como era contrario á los edictos, hizo, por deber, la apología de los mismos, y el primer presidente, en una arenga ampulosa, habló del «pueblo consternado», de «la capital alarmada», de la «nobleza sumida en la aflicción», del ataque «contra la franquicia natural de la nobleza y del clero», de la ruptura de los vínculos sociales producida por la supresión de las veedurías y del aumento de la deuda, «esa masa espantosa», que podía obligar al Estado á faltar á los más sagrados compromisos. A continuación, el escribano mayor dió lectura al edicto que suprimía las corveas y cuando hubo acabado, Seguier tomó la palabra para oponerse al registro y atacó aquella disposición que tendía á «confundir» la nobleza y el clero «con el resto del pueblo» y á hacer soportar todo el peso de los impuestos á los poseedores del suelo:

«Los impuestos de toda clase—dijo—hállanse acumulados sobre el propietario; el propietario es quien paga el pecho de su arrendatario; el propietario es quien paga la industria; el propietario es quien paga la capitación de su arrendatario, la suya, la de sus criados; y, finalmente, el propietario es quien paga las vigésimas. Si Vuestra Majestad añade á estos diferentes impuestos un nuevo derecho en substitución de las corveas ¿qué será de esa propiedad de tantos modos fraccionada?»

Aconsejó que se encomendasen la construcción y la conservación de los caminos al ejército, ya que el cuerpo de ingenieros militares podía reemplazar al de Puentes y Calzadas, y declaró que los soldados trabajarían mejor y más rápidamente que los cultivadores: «Cien mil hombres empleados durante un mes... harán más obra que todas las parroquias del reino» y sin que al rey le cueste nada.

Cuando Seguier hubo terminado su discurso, Miromesnil tomó las órdenes del rey, recogió, por fórmula, las opiniones y declaró registrado el edicto. Después hizo leer y registrar, con el mismo ceremonial, un edicto que suprimía en París la policía de los granos, y otro por el cual se fijaba un plazo para el reembolso de los empleos de los muelles, mercados y puestos de París; del primero dijo Seguier que sería causa de carestía y del segundo que aumentaría la deuda en sesenta y cinco millones.

El cuarto edicto leído por el escribano fué el que

abolía las veedurías y las comunidades de comercio y de artes y oficios. Seguier opuso al régimen de libertad las ventajas del régimen reglamentario, recordó los progresos que bajo este régimen habían realizado el comercio y la industria y previó exactamente algunas consecuencias de la «libertad indefinida» que habían de aparecer al siglo siguiente: esa libertad «se convertiría pronto en licencia;» los oficios tendrían exceso de personal y la calidad de los objetos fabricados desmerecería en todas partes. Hizo resaltar el alcance político del edicto demostrando que los súbditos del rey estaban «divididos en tantas corporaciones distintas como estados diferentes hay en el reino» y que esas corporaciones «formaban como los eslabones de una cadena,» de los que el rey tenía «en su mano» el primero, y que «las comunidades de comerciantes y de artesanos» constituían «una porción de ese todo inseparable que contribuye á la policía general del reino.» Seguier defendió, además, las maestrías en nombre del derecho de propiedad:

«Dar á todos vuestros súbditos indistintamente—decía á Luis XVI,—la facultad de tener almacén ó de abrir tienda es violar la propiedad de los maestros que componen las comunidades. En efecto, la maestría es una propiedad real que ellos han comprado y de la cual disfrutan bajo la fe de los reglamentos; y esta propiedad van á perderla desde el momento en que compartirán el mismo privilegio con todos los que querrán emprender el mismo tráfico sin haber adquirido el derecho de hacerlo á costa de una parte de su patrimonio ó de su fortuna; y, sin embargo, el precio de una gran parte de aquellas maestrías... ha ingresado directamente en el tesoro real.»

El abogado general, sin embargo, tuvo la prudencia de mostrarse moderado, admitiendo la reforma de los abusos corporativos, distinguiendo «entre destruir los abusos y destruir las corporaciones en donde estos abusos pueden existir, y consintiendo en que se disminuyese el número de las corporaciones, en que se fundiesen varias de ellas en una y en que las mujeres fuesen admitidas en la maestría. Terminó recordando la obra económica de Sully, de Colbert, de Enrique IV, de Luis XIV y poniendo bajo el amparo de éstos el Antiguo Régimen. Sus admiradores declararon que había hablado «no como un hombre sino como un dios.»

A pesar de todo, el edicto de supresión de las veedurías y de las maestrías fué registrado. Dijose entonces que Luis XVI, oyendo á Seguier cuyas críticas hacían realmente reflexionar, no había podido, en algunos momentos, ocultar su emoción. El rey levantó la sesión con estas palabras:

«Acabáis de oír los edictos que mi amor á mis súbditos me ha movido á dictar. Quiero que todos se conformen con ellos; mi intención no es confundir las condiciones; no quiero reinar sino por la justicia de las leyes.»

Aquel fué el último esfuerzo que hizo el rey para sostener al hombre en quien había puesto su confianza. La oposición del Parlamento y de los privilegiados, los desórdenes consecutivos á los edictos, la influencia de la reina, de los príncipes y de Maurepás, todo iba poco á poco conturbándole. Al día siguiente de aquella sesión solemne, el Parlamento acordó formular representacio-

nes «iterativas» y reanudó su procedimiento contra Boncerf, y el 30 de marzo llamó la atención del rey sobre las sublevaciones de labriegos, imputándolas á excitaciones de Turgot, y ordenó que continuase la percepción de los derechos feudales, lo que constituía una «especie de prohibición» puesta á los planes del contralor general. Y como en aquel mismo tiempo fué relevado de sus funciones en Londres el conde de Guines, María Antonieta exasperóse contra Vergennes, Malesherbes y Turgot, y, especialmente, contra este último. Según escribe Mercy, la reina quería que Turgot fuese destituido y encerrado en la Bastilla y que el mismo día el conde de Guines fuese declarado duque, habiendo sido necesarias «las observaciones más enérgicas y apremiantes para contener los efectos de su cólera.»

Los rumores de la desgracia del contralor se propagaban y el 19 de abril Voltaire, en vista de las noticias que recibe de París, considera que todo está perdido. Malesherbes, que no era á propósito para la lucha, habla de retirarse; Turgot, en cambio, quiere defenderse hasta el último trance y escribe y se avista personalmente con el monarca. Éste, empero, se encierra en el silencio y Turgot, á fin de ponerle en el caso de decidirse, le pide la sucesión de Malesherbes para su amigo el abate de Very. Y no recibiendo respuesta del monarca, le escribe en 30 de abril una carta, en la que le expone todos sus resentimientos, denunciándole la insuficiencia de Maurepás y las intrigas del gabinete y hablándole como un preceptor severo á un discípulo mediocre y débil:

«Señor, vos lo habéis dicho; os falta la experiencia, necesitáis un guía y este guía ha de tener inteligencia y fuerza... No olvidéis nunca que la debilidad puso la cabeza de Carlos I sobre un tajo, que la debilidad hizo cruel á Carlos IX, que la debilidad formó la Liga en tiempo de Enrique III, que ella hizo de Luis XIII y hace actualmente del rey de Portugal, esclavos coronados.»

Después de esto, Luis XVI, sin contestarle, hizo ducado al conde de Guines y dió á Amelot el ministerio de la Casa del rey. Turgot quiso obtener del rey una última explicación y pensó en someterle un plan de reforma de la Casa civil, creyendo que sería rechazado y esperando de este modo hallar una ocasión de dimitir honrosamente. Al efecto, el 10 de mayo presentóse tres veces á la puerta del despacho del rey sin ser recibido; al día siguiente se presentó de nuevo tres veces inútilmente y al fin el monarca encargó al secretario de Estado, Bertin, que fuese á pedirle la dimisión de su cargo, lo que se efectuó el día 12.

A Maurepás, que le dió el pésame, respondióle Turgot que lamentaba que el rey «no hubiese tenido la bondad de comunicarle personalmente sus intenciones,» y que su conciencia nada le reprochaba puesto que no había «conocido más interés que el del Estado.» Al rey le escribió rechazando la pensión que, según costumbre, le ofrecía y diciéndole al final de la carta:

«Señor, he hecho lo que he creído que era mi deber y toda mi aspiración es que podáis creer siempre que yo me había equivocado... Deseo que el tiempo no me justifique.»

Vivió retirado, compartiendo su tiempo entre sus amigos y sus libros, y murió en 1781.

Turgot había emprendido demasiadas cosas, y demasiado graves, á la vez; quería lo que en este mundo hay de más difícil, una reforma de la sociedad, reforma que sólo podía realizarse por el consentimiento de los privilegiados al sacrificio de sus intereses, ó por la firme y constante voluntad del rey y por el apoyo enérgico de todos aquellos á quienes la reforma había de beneficiar. Pero los privilegiados, salvo contadas excepciones, se obstinaron en conservar sus privilegios, el rey sólo tuvo buenas intenciones y el pueblo no era más que una entidad vaga, pues no existía nación constituida. Este gran mal es señalado en la «memoria sobre las municipalidades,» en la que se lee la siguiente declaración, parecida á la teoría de los «eslabones» expuesta por Seguier en la sesión solemne de que antes hemos hablado:

«La causa del mal—decíase al rey en aquella memoria,—está en que vuestra nación no tiene constitución. Es una sociedad compuesta de diferentes órdenes mal unidos y de un pueblo cuyos miembros no tienen entre sí más que unos pocos vínculos sociales y en la que, por consiguiente, cada cual se ocupa únicamente de su interés particular exclusivo... Vuestra Majestad se ve obligado á resolverlo todo por sí mismo ó por medio de sus mandatarios y todo el mundo espera vuestras órdenes especiales para contribuir al bien público, para respetar los derechos ajenos y aun para usar de los suyos propios.»

Al saberse la destitución de Turgot, algunos obispos hicieron rezar en las iglesias preces de acciones de gracias; la banca, la magistratura y los cortesanos se regocijaron en extremo, lo propio que los hermanos del rey, y el pueblo, según la frase del marqués de Mirabeau, «bajó la oreja y dobló el espinazo.» Voltaire se lamentó:

«Es un desastre... Delante de mí sólo veo la muerte... Este rayo ha caído sobre mi cerebro y sobre mi corazón... Jamás me consolaré de haber visto nacer y morir la edad de oro que el Sr. Turgot nos preparaba.»

### CAPITULO III

#### LAS REFORMAS EN EL EJÉRCITO Y EN LA MARINA (1774-1789) (1)

##### I. Saint-Germain (1775-1777). — II. Sartine (1774-1780) III. Los ministerios de Segur y de Castries

##### I. — Saint Germain (1775-1777)

En medio de todos aquellos disturbios, Saint-Germain, secretario de Estado de la Guerra, y Sartine, secretario de Estado de la Marina desde que Turgot

(1) FUENTES: *Correspondances* de Mercy, de Condorcet, de la señora du Delfand; *L'Observateur anglais*, t. II y III; Augéard, Besenval, t. II; Montbarey, t. II; Oberkirch; Sallier; Senac de Meilhan; Soulavie, t. III, ya citados. Saint-Germain, *Mémoires*, Amsterdam, 1779; *Correspondances particulières du comte de Saint-Germain avec M. (P.) du Verny*, Londres, 1789; Des Cars, *Mémoires*, París, 1890, 2 vol.; Gribeauval, *Tables des constructions des principaux attirails de l'artillerie*, París, 1792, 7 volúmenes; Malouet, *Mémoires*, París, 1868, 2 vol. *Collection des ordonnances relatives à la guerre*, en el Depósito de la Guerra.

OBAS DE CONSULTA: Foncin, de Goncourt (*Hist. de Marie-Antoinette*); Geffroy, ya citados. Audoin, *Histoire de l'administration de la Guerre*, París, 1811, 4 vol.; Chevalier, *Histoire de la*

se encargara de la intervención general, se dedicaban con éxito a restaurar las fuerzas militares de Francia. La nación resentíase todavía, y vivamente, de las humillaciones de la guerra de Siete Años y envidiaba, a Federico II, su ejército y a Inglaterra, el poderío de sus escuadras.

El primer secretario de Estado de la Guerra de Luis XVI había sido el conde du Muy, fallecido en 10 de octubre de 1775, después de un ministerio de algunos meses en el que había demostrado tanta torpeza como buena voluntad en reprimir los abusos que abundaban en el ejército. Para reemplazar a du Muy necesitábase un hombre decidido a ser un reformador; Turgot opinó, como hemos visto, que ese hombre no podía ser Castries y no queriendo tampoco recurrir a generales de corte llamó al conde de Saint-Germain, viejo soldado que vivía olvidado en Alsacia y cuya carrera había sido en extremo singular. Nacido en 1707, en un pequeño castillo del Franco Condado, Saint-Germain estudió en el colegio de jesuitas de Lons-le-Saunier y vistió el hábito de novicio; luego se hizo militar, pero como era demasiado pobre para comprar un regimiento, entró a servir al elector palatino, al emperador Carlos VI y al elector de Baviera, hasta que, habiéndole d'Argenson ofrecido un mando en Francia, combatió a las órdenes de Mauricio de Sajonia en Raucoux y en Lawfeld y se distinguió durante la guerra de Siete Años. Después de una disputa con de Broglie, con motivo del asunto de Corbach (1), resolvió regresar a Versailles para pedir al rey licencia; pero en aquel entonces Dinamarca le hizo proposiciones que él aceptó, y habiendo sido nombrado allí ministro de la Guerra, trató de reconstituir aquel ejército. Desde 1772, hallábase retirado en Lauterbach, consagrado a la agricultura y a la redacción de memorias en las que criticaba acerbamente los defectos del ejército francés; una de estas memorias, en la que demostraba el despilfarro financiero que en el ejército reinaba, llamó precisamente la atención de Turgot.

Saint-Germain entró en funciones en 27 de octubre de 1775. Era exclusivamente un militar, sin la menor idea de reforma social, que no debía preocuparse de poner al ejército en armonía con las doctrinas de los escritores; no obstante lo cual podían esperarse de él algunas innovaciones. Por su cuna, por su pasado, resultó ser el representante y el protector de la pequeña nobleza pobre contra la nobleza de la corte que acaparaba los altos grados, y también el protector del soldado. Fué finalmente el jefe del partido militar que admiraba al rey de Prusia, pues en su existencia de *condottiero*

*marine française pendant la guerre de l'indépendance américaine*, París, 1877; Lacour-Gayet, *La marine militaire de la France sous le règne de Louis XVI*, París, 1905; Lambert de Sainte-Croix, *Essai sur l'histoire de l'administration de la marine*, 1689-1792, París, 1892; Loir, *La marine royale en 1783*, París, 1892; Coste (G.), *Les anciennes troupes de la marine (1622-1792)*, París, 1893; Bonaparte (Luis Napoleón) y Favé, *Études sur le passé et l'avenir de l'artillerie*, París, 1845-1863, 4 vol.; Gebelin, *Histoire des milices provinciales (1688-1791)*, París, 1883; Hennebert, G. ibeauval, París, 1896; Mention, *Le comte de Saint-Germain*, París, 1884, del mismo, *L'armée de l'ancien régime de Louis XIV à la Révolution*, París, s. f.; Peytraud, *L'esclavage aux Antilles françaises avant 1789*, París, 1897; Chuquet, *La jeunesse de Napoléon*, París, 1897-99, 3 vol.

(1) Véase pág. 479.

había aprendido a estimar la organización militar y la táctica prusianas.

Aquel ministro inesperado fué al pronto acogido con entusiasmo por la opinión, que le comparaba con Turenna, Louvois y Belisaire, aunque con exageración manifiesta. Viejo, enfermo, malhumorado, rabioso, áspero, sus buenas intenciones, que las tuvo excelentes, habrían sido ineficaces si no se hubiese visto secundado por administradores y oficiales de talento que concretaron sus proyectos y redactaron sus ordenanzas. Estos colaboradores fueron: en cuanto a la intendencia y a la contabilidad, Senac de Meilhán y los comisarios d'Autemarre, d'Erville y Chamisso; y en cuanto a las reformas de carácter técnico, Guibert, el autor del *Traité de tactique (Tratado de táctica)*. Además se procuró la cooperación de oficiales distinguidos, hasta entonces postergados a los oficiales de corte, tales como Wimpffen, Viomenil, Jaucourt y Gribeauval; este último, con el título de inspector general de la artillería, dirigió con poderes absolutos las armas especiales. Secundado por tales elementos, Saint-Germain promulgó, en menos de dos años, noventa y ocho ordenanzas que transformaron la organización militar.

Como Francia, a pesar de su población, de su territorio y de sus recursos, no sostenía en tiempo de paz más allá de cien mil hombres, es decir, en proporción mucho menos que Prusia, se propuso aumentar los efectivos, sin aumentar por ello el presupuesto de la guerra, para lo cual intentó realizar economías sobre la Casa del rey. Ésta, formada de tropas escogidas, comprendía los guardias de corps, los Cien Suizos, los guardias de la puerta, los guardias del prebostazgo del palacio real, los gendarmes de la guardia, los mosqueteros grises y negros, los granaderos montados, la gendarmaría, los guardias de corps de Monsieur, los suizos de Monsieur y los guardias de corps del conde de Artois. Saint-Germain reprochaba a la Casa que costase cuatro ó cinco veces más que las tropas ordinarias, que fuese inaccesible a la nobleza pobre, dado el elevado precio de los cargos, que se sustrajese a la intervención del secretario de Estado de la Guerra, ya que tenía por jefes a mariscales de Francia y a príncipes, y que constituyese un vivero de oficiales que, al pasar al ejército regular, entorpecían todo ascenso. De aquí que quisiera dejar de ella tan sólo «lo que era indispensable a la utilidad del trono,» reduciendo al efecto los gendarmes de la guardia, que mandaba el príncipe de Soubisse, de doscientos veintiséis hombres a sesenta y tres; la caballería ligera, de doscientos veintidós a sesenta y tres; y los guardias de corps, de mil cuatrocientos veintisiete a mil trescientos uno; y suprimiendo las dos compañías de mosqueteros, compuestas de doscientos veintisiete hombres cada una, y los granaderos montados que formaban una compañía de ciento cuarenta y cinco hombres. Pero de aquí no pudo pasar, porque se veía obligado a reembolsar los cargos a precios enormes; en efecto, la cifra de los reembolsos para los gendarmes de la guardia y la caballería ligera se elevó a tres millones y para los mosqueteros a dos millones setecientas noventa y dos mil libras. Esta reforma, con ser tan incompleta, trajo consigo la supresión de un millar de inútiles y descontentó naturalmente a la corte, la cual trató a Saint-Germain de «Maupéou de lo militar;» pero el mi-

nistro decía que tan poco miedo le daban «las intrigas» como «las balas de cañón.»

El efectivo de la infantería fué aumentado desde noventa mil a ciento setenta y ocho mil hombres, y el de la caballería de veinticinco mil a cuarenta y seis mil; de modo que el efectivo del ejército quedó doblado. Al lado de la infantería pesada de los granaderos y de los fusileros, puso Saint-Germain, en cada regimiento, cazadores, infantería ligera reclamada desde hacía mucho tiempo; y en cuanto a la caballería, redujo la pesada en beneficio de la ligera, destinando a dragones y a húsares treinta y dos de los cincuenta y dos regimientos de que aquella arma constaba. De esta suerte se aplicaron las enseñanzas del mariscal de Sajonia y de Federico II.

Gribeauval reanudó la reforma de la artillería que había acometido en tiempo de Choiseul (1) y que luego había sido abandonada, y dobló casi el efectivo de la misma, que de seis mil quinientos setenta y seis hombres que tenía en 1.º de mayo de 1774, pasó a once mil novecientos treinta y nueve en 1.º de mayo de 1777. El cuerpo de los «minadores» continuó ocupando una posición intermedia entre la artillería y los ingenieros, pero fué sometido, en cuanto a la disciplina, a los reglamentos de aquélla. Los obreros empleados en los arsenales fueron asimilados a la tropa. Gribeauval reconstituyó su material de artillería, redujo las piezas a un corto número de tipos y aumentó la potencia de las mismas; el calibre del alma y el de las balas fueron medidos exactamente con nuevos aparatos, de modo que, en lo sucesivo, se contó con proyectiles perfectamente adaptados a los cañones; el alcance de éstos se cuadruplicó en los de pequeño calibre, y la invención del tornillo de puntería y del alza móvil permitió una mayor precisión en el tiro. Perfeccionóse el atelaje de las piezas, de manera que éstas pudiesen salvar obstáculos y disparar, en caso necesario, sin desenganchar. La artillería francesa llegó a ser, gracias a él, la primera del mundo; así lo reconocían los extranjeros y así lo demostraron las campañas de la Revolución y del Imperio.

Los oficiales de ingenieros fueron puestos a las órdenes de generales comandantes de divisiones, a quienes hubieron de comunicar sus proyectos de construcción ó de reparación. Una ordenanza de 2 de julio de 1776 puso a su disposición un cuerpo de obreros organizado militarmente, los «gastadores,» que formaron un efectivo de unos dos mil doscientos hombres. Los oficiales de ingenieros, instruidos en la escuela de Mezieres, fueron empleados en trabajos de topografía en las provincias por donde pasaban, particularmente en la vecindad de las fronteras, y gracias a ellos enriquecióse el depósito de mapas y planos. Saint-Germain agregó a la dirección de ingenieros dos ingenieros geógrafos que, en tiempo de guerra, habían de dibujar los itinerarios y levantar los planos de las operaciones. Del arma de ingenieros habían de salir un día Carnot y sus colaboradores Marescot, Clarke y d'Arçon.

Saint-Germain, a fuerza de economías, había podido realizar toda esa gran transformación, elevando simplemente los gastos de su ministerio de noventa y dos millones a noventa y tres millones seiscientas cincuenta y cuatro mil libras.

(1) Véase volumen precedente, pág. 529.

Saint-Germain no era partidario de las milicias, de las que decía que eran costosas y carecían de espíritu militar; así es que sólo dejó subsistente una leva anual del sexto, destinada, en caso de guerra solamente, a formar una reserva de quinientos hombres por regimiento. El ejército, tal como él lo concebía, no debía comprender más que dos clases de hombres: nobles hereditariamente destinados a los grados, y alistados voluntarios que se hacían soldados por su afición a las aventuras y que debían ser gente valerosa y avezada a la disciplina. No tenía idea de un ejército nacional; el soldado seguía siendo para él lo que había dicho un día, «un perro encadenado a quien se adiestra para el combate;» pero quería que este perro fuese bien escogido y bien tratado.

Para mejorar el sistema de los enganches voluntarios, que ya había reglamentado Choiseul (2), hizo que los consejos de administración de los regimientos intervinieran en la recluta de los soldados y puso bajo su vigilancia a los reclutadores; y en vista de que las pagas dadas a los reenganchados no atraían a bastante número de éstos y gravaban demasiado la hacienda, substituyólas con primas de reenganche. La paga del soldado era de un sueldo al día y la de un sargento de cinco sueldos; la prima varió según la duración del servicio, entre ciento y ciento cincuenta libras para la infantería y ciento veinte y ciento sesenta para la caballería. Esta reforma perjudicó a los soldados que más tiempo permanecían en filas; pero en lo que más descontentó Saint-Germain a las tropas, fué reteniendo a los sargentos y a los soldados más allá del plazo de sus enganches, hasta que por su edad ó por sus achaques fuese preciso licenciarlos.

A fin de poder dar educación militar a la pequeña nobleza, Saint-Germain suprimió la escuela militar de París (3), en la que sólo ingresaban los jóvenes de la alta nobleza y del tercer estado rico, y con los créditos que esta supresión dejó disponibles mantuvo a seiscientos hidalgos pobres en doce colegios de provincia, entre ellos los de Pont-à-Mousson, Brienne, Tournón y Vendôme. Estos hidalgos, cuando salían de los colegios, eran enviados a los regimientos en calidad de cadetes y allí hacían vida de soldados y pasaban por el grado de sargentos antes de ser subtenientes, algo por el estilo de los cadetes hidalgos de Louvois. Los que mejores disposiciones mostraban habían de ingresar en una especie de escuela superior de guerra fundada en París en 1777, que conservó el nombre de Escuela militar y en la cual Monge y La Paute tendrán por alumno a Bonaparte. Pero también a aquella escuela afluyeron los hijos de los grandes señores que continuaron dificultando a los pequeños nobles el acceso a los grados superiores.

Saint-Germain, con la ayuda de Gribeauval, mejoró la organización de las escuelas especiales de artillería é ingenieros, en las que se aumentaron los estudios.

La administración central de la guerra, hasta entonces puramente civil, fué reformada. A los empleados de la misma se les reprochaba su despotismo y su insolencia, de las que resultaba perjudicada hasta la oficialidad; Saint-Germain les obligó a llevar uniforme y para ini-

(2) Véase volumen precedente, pág. 527.

(3) Véase volumen precedente, pág. 461.

ciarlos en las cosas militares estableció un turno entre ellos y los «comisarios de las guerras,» disponiendo que éstos pasasen á las oficinas mientras aquéllos desempeñaban las funciones de comisarios. Después reorganizó las oficinas, de las que hubo seis principales: la primera, cuidaba de los asuntos contenciosos militares; la segunda, de la correspondencia con los generales de ejército y los comandantes de plaza; la tercera, de las comisiones y de las patentes de oficiales; la cuarta, de los proyectos y de las ordenanzas para los fondos necesarios al departamento de la guerra; la quinta, de la administración de los regimientos; y la sexta, de la administración de las mariscalías. Además, había tres oficinas de segundo orden: una para la artillería, otra para las subsistencias, los hospitales y el acuartelamiento, y otra para el detalle de las divisiones militares.

A pesar de las reformas llevadas á cabo por Louvois y por sus sucesores, el ejército no estaba todavía enteramente en manos del rey, pues los gobernadores de provincias, grandes señores ó favoritos, tenían funciones militares, visitaban las plazas fuertes y cuidaban del orden y de la disciplina y de ellos dependían los lugartenientes de ciudad y los mayores de castillos. Saint-Germain, por la ordenanza de 25 de marzo de 1776, distribuyó el ejército en diez y seis divisiones, mandadas por tenientes generales en actividad de servicio, con lo que las tropas tendrían los mismos jefes en tiempo de paz que de guerra, facilitándose así el paso de una á otra. Los lugartenientes de ciudad y los mayores de castillos, cuyo número se disminuyó en un tercio, fueron subordinados á esos jefes quienes, á su vez, lo estaban al secretario del Estado.

Choiseul, para multiplicar en todas partes hechuras suyas, había distribuido tantos grados, que, para un ejército de ciento setenta mil hombres contábase, en 1775, setenta mil patentes de oficiales, la mayoría de los cuales no prestaban servicio. Du Muy había intentado atajar el mal sometiendo á condiciones de edad y de servicio á los candidatos al grado de coronel, de teniente coronel y de mayor. Saint-Germain aumentó la duración de la permanencia en cada grado, quiso que los oficiales diesen prueba de capacidad y concedió á los coroneles y á los consejos de administración el derecho de presentación para los grados.

Saint-Germain, que era favorable á la nobleza pobre, reprobaba la venalidad de los cargos militares, pero no pudiendo atacarla de frente, se esforzó en preparar su destrucción por medio de la ordenanza de 20 de marzo de 1776, en la que se disponía que, en caso de muerte, dimisión, etc., los empleos vacantes perderían la cuarta parte de su «finanza,» de suerte que quedarían liberados á la cuarta generación. Esta ordenanza, á pesar de no ser aplicada rigurosamente, dió por resultado que en 1790, cuando se abolió la venalidad, la «finanza» de los regimientos de infantería estaba casi extinguida; la de los regimientos de caballería subsistía aún.

El cuidado del soldado fué una de las grandes preocupaciones de Saint-Germain. Choiseul había introducido el sistema de la administración para el equipo y aprovisionamiento de las tropas, y su sucesor Monteynard había restablecido el de la contrata. Saint-Germain confió á los mismos cuerpos de tropas el cuidado de

proveer á sus necesidades, y los consejos de los regimientos, mediante retenciones sobre la soldada, aseguraron el equipo, conformándose con las prescripciones, ministeriales, proveyeron á la alimentación de las tropas, lo que fué un gran bien para éstas, pues en vez de la antigua «bola de salvado» se les dió el pan de munición, mitad centeno y mitad trigo candéal, y se encargaron de la compra de los caballos de la remonta, de las avenas y de los forrajes. La intendencia tuvo la alta inspección sobre la distribución de víveres, los acuartelamientos y las etapas; los hospitales y las ambulancias fueron reorganizados y á los regimientos se les dotó de enfermerías.

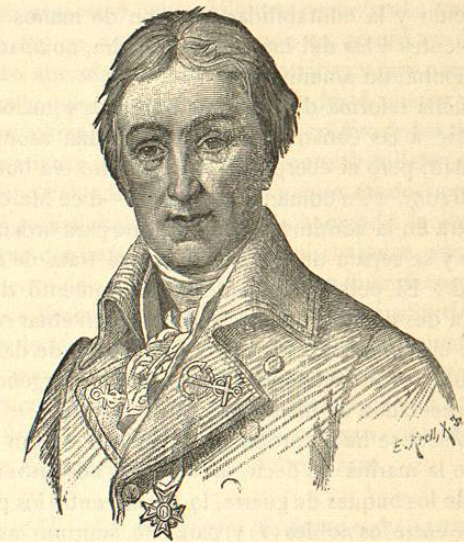
Saint-Germain quería una simplicidad severa en el uniforme, así es que substituyó la casaca á la francesa por una especie de chupa, un pantalón y un chaleco, más cómodos aunque menos elegantes; inventó un sombrero de cuatro alas, cada una de las cuales podía, según las necesidades, bajarse ó subirse por medio de un cordón, procedimiento complicado que fué objeto de burlas; reemplazó el «cadogán,» peinado en el que los cabellos de la parte posterior de la cabeza, replegados por el centro, estaban sujetos con una cinta, y las «cadeneas» ó trenzas que partiendo del centro del cráneo caían sobre el pecho, por la «redecilla,» bolsa de tafetán negro en la que se encerraban los cabellos de detrás; y prohibió el uso de los polvos, salvo en los días de fiesta y de parada. Pero con todas esas innovaciones disgustó á los que creían que la gracia y el esplendor del traje eran indispensables al prestigio del ejército.

En la reforma de la táctica, Saint-Germain tuvo á su lado á todo el partido militar de los jóvenes. Nada más absurdo, decían éstos, que maniobrar todavía como en tiempo de Turena, oponiendo al enemigo columnas compactas cuando puede transportar rápidamente cañones á todos los puntos de un campo de batalla; á lo cual contestaban los tradicionalistas que «el orden cerrado» era el orden francés por excelencia, que convenía al temperamento nacional, que en cualquier ataque de un puesto ó de un atrincheramiento, los franceses, en orden cerrado, se arrastraban y sostenían mutuamente, al paso que, en orden abierto no sentirían el mismo valor. El orden abierto fué recomendado por el conde de Guibert, autor de un *Éloge du roi de Prusse* (*Elogio del rey de Prusia*) y de un *Essai de tactique* (*Ensayo de táctica*), quien enseñaba que no había columna que pudiera sostenerse delante de los cañones, que toda columna cerrada corría riesgo de ser envuelta ó rebasada y que únicamente la táctica de los amplios despliegues, al estilo de Federico II, podía resistir á la artillería. En virtud de ordenanzas de 1776 y 1777, inauguróse el orden abierto, reservándose el orden cerrado para los casos en que se tratara de vencer á viva fuerza un obstáculo. En 1791, los redactores del reglamento del servicio en campaña se inspirarán en los principios de Guibert.

Saint-Germain fué menos afortunado en sus esfuerzos para asegurar la disciplina; en esta materia, un incidente insignificante hizo más ruido que las más radicales reformas. Saint-Germain, siguiendo los consejos de los inspectores generales, substituyó, por ordenanza de marzo de 1776, las penas corporales, baquetas, azotes, bastonazos, latigazos y bofetadas, por sablazos de plano;

## IV. — Sartine (1774-1780)

Sartine, en el ministerio de la Marina, realizó una obra tan útil como la de Saint-Germain en el ministerio de la Guerra. Nacido en España, de una familia de comerciantes, había entrado en la magistratura y llegado á lugarteniente de policía, cargo que, durante veinte años, había desempeñado perfectamente, habiendo conseguido que, desde el punto de vista de la policía y de la viabilidad, fuese París el modelo de las grandes ciudades europeas. Su nombramiento para la secretaría de Estado de la Marina sorprendió á todo el mundo; pero supo escoger á sus colaboradores. Del señor Blain, oficial



Mr. Louet

esta disposición causó gran escándalo, pues se dijo que con ella se envilecería al soldado «haciendo del instrumento de su gloria un instrumento de suplicio,» y aun se refirió la historia de un soldado que, condenado á los sablazos de plano, parece que exclamó: «Herid con la punta, que hace menos daño.»

Los oficiales, á quienes quiso obligar á residir al lado de sus tropas lamentáronse de verse agarrotados á sus compañías y á sus regimientos. El ministro les prohibió el juego, las mujeres y las deudas y les mandó que llevasen á sus soldados á misa, lo que pareció muy ridículo y dió motivo á que se recordara que el ministro había sido jesuita.

Las reformas de Saint-Germain, salvo las que hizo en el armamento y en la táctica, fueron mal acogidas, y al fin casi todo el mundo estuvo en contra de él. Los Filósofos le acusaban de querer imponer á los soldados costumbres de capuchinos; los jansenistas, de preparar la fundación de una escuela de curas castrenses para ponerla bajo la dirección de los jesuitas; los asentistas no le perdonaban la supresión de las adjudicaciones que les privaba de beneficios; su popularidad entre los soldados cesó cuando quiso que continuaran en el ejército aun después de terminado el servicio, del mismo modo que se retenía á los galeotes en las galeras aun después de extinguida la pena; los oficiales pobres habían esperado mucho de él y él apenas había podido hacer nada por ellos; los oficiales de corte comprendían que era su enemigo, y el conde de Provenza, el conde de Artois y la reina les excitaban á la resistencia; y la reina le atacó violentamente por haber enviado á Montmedy á los húsares de su favorito Esterhazy.

Saint-Germain fué atacado en el seno mismo del Consejo. Maurepás le puso una especie de adjunto ó de vigilante de su departamento, Montbarey, y él, que quería continuar siendo ministro, hizo concesiones y permitió á Montbarey restaurar prácticas que había condenado, perdiendo así su reputación de hombre honrado, enemigo del favoritismo y de la intriga. El rey, que en un principio le había apoyado, le abandonó, y Saint-Germain pesentó su dimisión, y murió cuatro meses después, en 26 de septiembre de 1777.

Después de la desgracia de Saint-Germain, los que la habían deseado, temerosos de que le substituyera otro reformador, intrigaron para que fuese Montbarey quien le sucediese. La señora de Montbarey, aliada de los Maurepás, mujer hermosa y galante, influyó cerca del círculo íntimo de la reina y logró que fuese nombrado su marido, quien se confeccionó una genealogía y llegó á ser príncipe del Sacro Imperio. Hombre amante de los placeres, codicioso, necesitado, vivió enteramente dedicado á las mujeres y al juego, acumuló sueldos y pensiones y fué acusado de vender mercedes por mediación de sus queridas. Destruyó en muchos puntos la obra de su predecesor; restableció la casaca á la francesa y el antiguo pan de munición y restauró las milicias, formando con ellas ciento siete batallones; y si bien es verdad que no equipó, instruyó, ni reunió esas milicias; en cambio, creó plazas de oficiales para las mismas cuyos sueldos fueron distribuidos entre los hidalgos necesitados, á quienes la corte protegía. Una intriga cortesana le había encumbrado; otra le derribó en diciembre de 1780.

primero, hombre abierto á las ideas de progreso, pero prudente y práctico, hizo su consejero íntimo; al sabio Fleurieu, conocido por sus trabajos de hidrografía, confióle la dirección de los puertos y de los arsenales, y al mariscal de campo d'Ennery, ex gobernador de las Antillas, la administración de las colonias; y supo apreciar lo que valían Malouet, que entonces empezaba á darse á conocer, y d'Orvilliers, d'Estaing y Suffren, nombrando al primero ordenador general de la marina, y á los otros tres, jefes de escuadra. Sartine que, por lo demás, era muy inteligente y muy trabajador, púsose al corriente de los negocios de su departamento é hizo por la reorganización de las fuerzas navales más y acaso mejor que hubiera podido hacer un marino de profesión sujeto á prevenciones. Por otra parte, las circunstancias eran propicias para un ministro de Marina; la sublevación de las colonias inglesas de América fué para Sartine una suerte, porque en previsión de una guerra con Inglaterra, se le permitió gastar casi sin contar.

La marina seguía sufriendo las consecuencias del conflicto entre los oficiales y los administradores civiles, entre la espada y la pluma, como se decía entonces; Sartine mostróse adversario de la pluma, como se había mostrado Choiseul (1), y en virtud de las siete ordenanzas que se promulgaron en 27 de septiembre de 1776, confirióse á los oficiales la alta intervención, así sobre los arsenales como sobre los buques y se crearon en los

(1) Véase volumen precedente, pág. 528.